

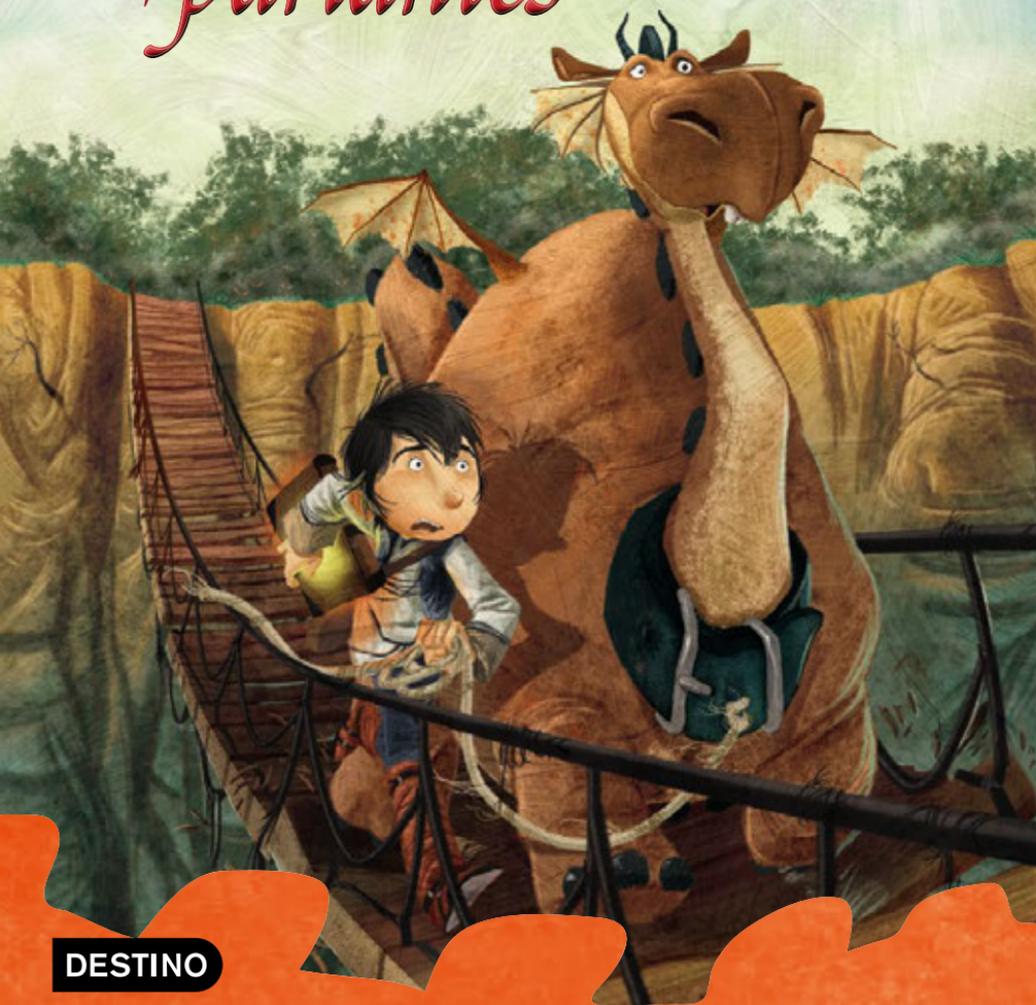


MONDRAGÓ

Ridel y los árboles parlantes

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



*Rídel y los árboles
parlantes*

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: junio de 2020
ISBN: 978-84-08-22820-2
Depósito legal: B. 7.289-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

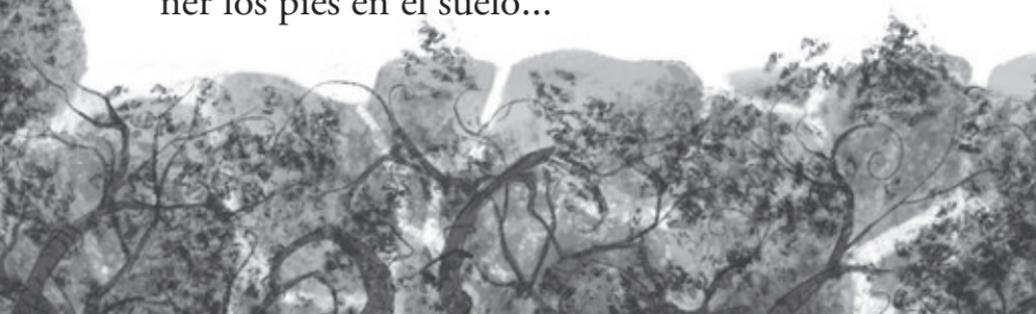


CAPÍTULO 1

El entrenamiento de Mondragó

Cale se despertó al notar una brisa cálida que le acariciaba la cara. Levantó las manos para frotarse los ojos, pero al hacerlo, tocó algo. Abrió los ojos y, a tan solo unos centímetros de su nariz, vio una cabeza enorme que le miraba intensamente. Tenía el morro alargado, unos dientes muy grandes y una nariz con grandes ollares por los que despedía aire caliente.

—¡Mondragó! —exclamó Cale al verlo. Le acarició la enorme cabeza a su dragón, se estiró y decidió salir de la cama, pero al poner los pies en el suelo...



CHOP ¿CHOP?

Cale miró hacia abajo y vio que había pisado un enorme charco amarillo que cubría casi todo el suelo de la habitación. El olor era inconfundible.

—¡MONDRAGÓ! ¡TE HAS HECHO PIS!

El dragón miró a su dueño con cara de sorpresa. ¿Por qué no paraba de decir su nombre? ¿Querría jugar? Empezó a correr por toda la habitación dando golpes con su larga cola.

CLANG CLANG CLANG



¡Tiró la armadura del equipo de las cruzadas de Cale al suelo!

—¡Mondragó! ¡Para! ¡Lo vas a destroz todo! No te muevas que voy a buscar algo para limpiar este desastre.

Cale bajó corriendo la escalera del castillo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mondragó se ha hecho pis! —Su madre apareció por el pasillo con dos cubos y una fregona en la mano.

—Ay, Cale, ya te dije anoche que lo tenías que sacar al jardín antes de dormir. ¿Es que no te acuerdas? —le preguntó.

Pero Cale no se acordaba. El día anterior habían vivido demasiadas emociones y, cuando se acostó, estaba tan cansado que se olvidó por completo de sacar a Mondragó a hacer sus necesidades.

—Toma, usa esto —le dijo su madre pasándole el cubo y la fregona—, y aquí tienes su comida. —Le pasó el otro cubo, que era mucho más grande que el primero.



Cale se dirigió de vuelta a su habitación y en cuanto entró, Mondragó se lanzó en picado al cubo de la comida haciendo que salieran volando bolitas de pienso para dragones por todas partes.

—¡No, Mondragó! No seas tan bruto. Mira la que has organizado —dijo Cale enfadado. Controlar a Mondragó no iba a ser nada fácil.

En ese momento, la hermana de Cale, Nerea, asomó la cabeza por la puerta. Llevaba un ramo de flores que acababa de coger del jardín.

—Hombre, mira quién está aquí, es Cale el hacendoso, limpiando su castillito. Oye, cuando termines, podrías pasarte por mi habitación y quitar el polvo —bromeó.

Nerea iba impecable, como siempre, con un vestido de colores que hacía juego con las escamas de su dragona Pinka. Pinka olfateó a Mondragó y alejó la cara con expresión de asco.

—Oye, Cale, Pinka tiene razón, aquí huele que apesta —siguió Nerea—. Toma, pon



estas flores en algún sitio a ver si así se quita un poco el olor. Cuando Nerea le ofreció el ramo de flores a su hermano, Mondragó se acercó con curiosidad a olerlas. Aspiró profundamente, después echó la cabeza hacia atrás, apretó la boca con fuerza y...

¡ACHÚS!

Una llamarada le salió de la nariz y las flores quedaron totalmente chamuscadas.

—¡Oye, tú! ¡Cuidado! —exclamó Nerea—. Cale, como no controles a tu dragón va a acabar con el castillo —dijo y se alejó con su dragona antes de que Mondragó hiciera cualquier otro destrozo.

«Tiene razón —pensó Cale—. Esto de tener un dragón es más difícil de lo que me imaginaba. Voy a tener que pedirle a Mayo que me ayude a entrenarlo.»

Mayo, la amiga de Cale, era buenísima con los dragones, y su dragona Bruma era de las más obedientes en todo el pueblo. Seguro que le ayudaría.

Cale se acercó a la jaula de hierro donde guardaba su paloma mensajera y la sacó. La paloma parecía aliviada de poder salir a estirar las alas y alejarse de aquel monstruo enorme de dragón que no paraba de moverse. Cale mojó su pluma en el tintero y escribió un mensaje a su amiga en un trozo de pergamino:



*Ayúdame a entrenar
a Mendragé.*

Lo enrolló y lo metió en la pequeña funda de cuero que llevaba la paloma en la pata. Después se acercó a la ventana, estiró los brazos y le ordenó:

—Al castillo de Mayo.

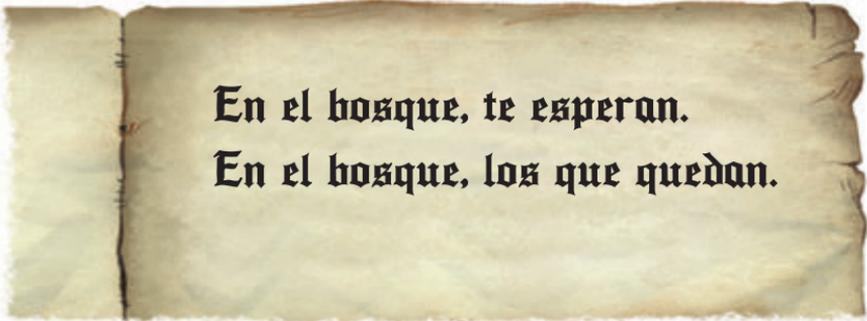
La paloma hinchó el pecho, desplegó las alas y salió volando por el cielo en dirección al castillo de Mayo. Cale la vio alejarse y cuando la perdió de vista, se giró para volver a su trabajo. Mondragó seguía buscando los trozos de comida desperdigados por todo el suelo.

—Bueno, pronto vendrá Mayo y me ayudará a hacer algo contigo. Seguro que sabe algún truco infalible de entrenamiento —dijo—. Mientras tanto, Mondragó, por favor, no te muevas más. Quédate ahí quieto un rato, solo un minuto, y en cuanto termine, salimos a pasear, ¿vale? —le rogó Cale señalando la esquina de su habitación donde había puesto un inmenso almohadón para que Mondragó durmiera. Mondragó miró

al almohadón, lo ignoró y siguió buscando comida.

«Será mejor que acabe cuanto antes», pensó Cale esmerándose en limpiar el suelo a toda velocidad.

De pronto, al pasar la fregona por debajo de la cama, vio que encima de las sábanas descansaba el libro misterioso que había sacado Mondragó del castillo de Wickenburg. Rídel. Cale todavía recordaba algunas de las palabras que había leído:



En el bosque, te esperan.

En el bosque, los que quedan.